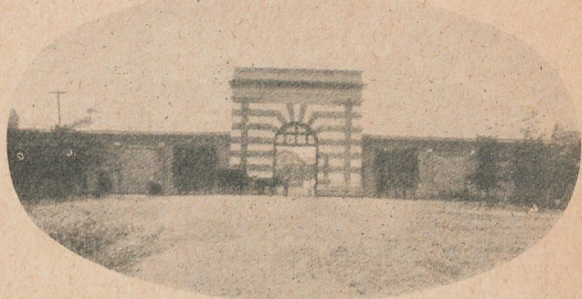


En muchas condiciones se pasa la vida menos agradablemente que en una prisión japonesa. Los japoneses más sanos y robustos se encuentran en las prisiones: yo llegué á esa extraña solución después de haber visitado Sugamo, una de las seis grandes ciudades del imperio. El malhechor japonés es el personaje mejor tratado en el Extremo Oriente. Diferíase que la justicia japonesa ha querido establecer un premio á la delincuencia al fundar asilos como el de Sugamo. Después de haber visitado ese establecimiento y de haber pasado una sola noche en una posada modesta de Tokio, no queda duda en la elección.



Entrada principal de la prisión

Permitidme que os describa esta Arcadia de bandidos. La prisión de Sugamo está á cerca de 5 millas del centro de Tokio. Aislada de la masa compacta de las casas de la población que desprenden el punzante olor característico de las ciudades orientales, la cárcel presenta el aspecto de un grande y rico hospital.

Entrando por el portón del este, se camina sobre senderos arenosos bordeados de arbustos floridos. Graciosas plantas se inclinan hacia el visitante y parecen sonreírle y desde sus ramas entonan melodías los pajarillos.

El precio del terreno pasa de 8.000 esterlinas y la edificación ha costado cerca de 30.000. El ministro de Justicia había tenido la gentileza de advertirme por carta, que todo estaba preparado para que mi visita se efectuara con la mayor comodidad; desgraciadamente, no había tenido presente mi ignorancia de la lengua japonesa.

Cuando llegué á Sugamo supe con verdadera desolación que el director, señor Jamagani, un hombrequito gracioso y de fino trato, no hablaba sino japonés y alemán; ahora bien, del japonés yo conocía sólo algunas vulgares interjeccio-

nes de aliento á las personas humildes que me servían, y con el idioma alemán no tenía familiaridad alguna. Sugerí como medio de transacción el francés; pero este idioma está poco difundido en el Japón. Al fin se dió con un sacerdote budista que sabía algunas frases inglesas de uno de esos libros de conversación que enseñan: "Yo tengo la pluma de mi hermano" y cosas así. Pero el cabo de cárceles era un artista en mímica y así, combinados los cuatro, comenzamos la vista de la prisión.

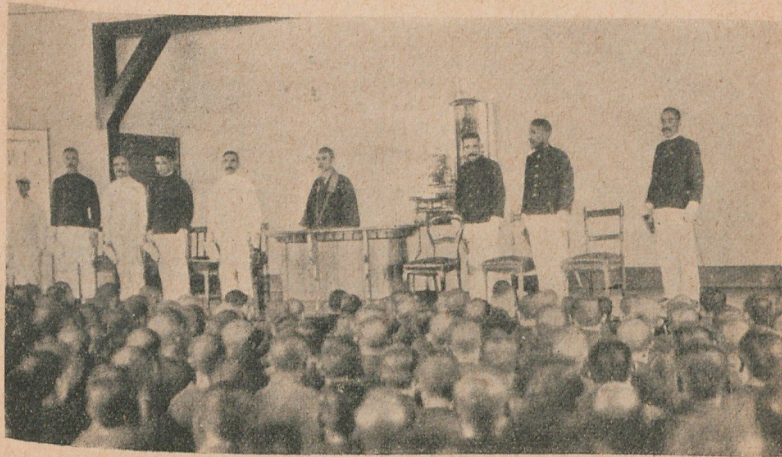
—Si hubiera usted venido un mes antes—me dijo el director—habría encontrado aquí á un periodista que estuvo preso dos meses y que hablaba correctamente muchos idiomas.

—Estuvo aquí tal vez para descansar una temporada?—pregunté en broma.

—Había insultado á funcionarios públicos—me respondió irriamente el director—y le dedicamos á hacer alfileres monumentales para sombreros de señora.

Yo conozco algunos periodistas de mi país que habrían cometido alegremente cualquier delito, para obtener en compensación una "villeggiatura" tan agradable.

En la prisión de Sugamo pueden albergarse cómodamente dos mil trescientos prisioneros. Cuando yo la visité hospedaba mil novecientos setenta. El gran edificio consta de dos cuerpos, dividido cada uno en cinco radios de estrella, de



Un sacerdote budista instruyendo á los detenidos